Pero pasen y vean: un ensayo sobre la intraducibilidad

Cello Latini Pfeil
Joanna Leoni

"No les vamos a contar cosas de nuestra especie. Esto no es un zoológico. Tampoco es un circo. Pero pasen y vean" – *Ofensivo Trans*, Cat-Man & Fran-F[1]

Estas palabras, escritas en el zine transmasculino marica argentino *Ofensivo Trans*, expresan la intraducibilidad, acompañada de un contenido ofensivo, de las transgresiones de género. Algo que no es traducible. Un manejo ofensivo del lenguaje. Cuya expresión traspasa los límites de la gramática que conocemos. Y gramática, del griego *grammatikē technē*, significa «arte de las letras», deriva de *gramma*, «letra», derivada de *graphein*, «escribir».

La intraducibilidad parece ser algo propio de las monstruosidades. «El monstruo», escribió la historiadora uruguaya Mabel Moraña, «es incontenible»[2]. No obstante, comúnmente se atribuye al monstruo, al igual que al animal, una privación del habla – en *El animal que luego estoy si(gui)endo*, el filósofo franco-magrebí Jacques Derrida escribe que el animal, privado del lenguaje, queda reducido y encerrado en una categoría que sirve a la humanidad. Afirmarlo exige que tengamos un concepto restrictivo del lenguaje y el discurso. En cuanto a los monstruos, no es diferente: Moraña entiende que "Aunque carezca del don de la palabra, cada monstruo tiene su lenguaje, un léxico singular poblado de silencios, reticencias e hiatos […]"[3]. Los monstruos, entonces, carecen de la palabra, pero poseen un lenguaje.

Esta privación o carencia del arte de las letras humanas parece haber sido observada también por la poeta chilena Claudia Rodríguez. Al recordar su infancia, Rodríguez escribe que su lenguaje era el balbuceo: "El balbuceo era nuestro lenguaje, balbuceo y adivinamiento"[4]. Su inscripción en el lenguaje durante el periodo escolar la llenó de miedo, ya que significaba no solo su inserción en un mundo que la odiaba, sino también el fin del mundo en el que habitaba, donde balbuceaba, donde su lenguaje no se consideraba

[1] Cat-Man; Fran-F; *Ofensivo Trans.*
[2] Moraña. *El monstruo como máquina de guerra,* p. 15.
[3] Moraña. *El monstruo como máquina de guerra,* p. 46,
[4] Rodríguez. *Cuerpos para odiar*, p. 22.

desprovisto de palabras, donde su existencia era expresable. La boca, como el borde, como lo que traga, es también lo que expulsa. Es un espacio transitorio, por lo tanto, monstruoso.

Rodríguez nos enseña que lo monstruoso no es aquello que carece de significado, sino aquello que excede cualquier significación; tampoco es aquello que carece de lenguaje, sino lo que este no puede captar, como la boca seca que se humedece, la boca abierta que marca los límites de la piel, de lo que es inmaculado y de lo que se puede morder, "El mundo consistió en tocar las cosas con la boca, emitíamos raspeos con la lengua y los dientes para que supieran que estábamos ahí"[5].

Además del monstruo, Claudia Rodríguez convoca a otra figura recurrente en su escritura: *la bruja.* Si el monstruo es aquel que excede el lenguaje, la bruja surge como aquella que lo conjura:

> "Las travestis somos brujas con el poder de pensar y crear, de imaginar y de hacer mundos. Tenemos saberes sobre el patriarcado, el capitalismo y los modos de vida que se han generado durante años y circulan por nuestra comunidad. Junto a esos saberes que se desarrollaron en nuestra experiencia, están los que aprendimos de las experiencias de otros grupos, de otros colectivos, de los que nos reapropiamos y que nos enriquecen, aunque a veces nosotras no sepamos que tenemos ese conocimiento".[6]

La figura de la bruja se representa aquí como aquella que sabe cómo circulan las palabras, cómo se transforman y cómo pueden desviarse. Entre las comunidades trans, estos conocimientos se acumulan y se transmiten como herencia, como un código de supervivencia, en conversaciones, en formas de nombrar el cuerpo, el deseo y el peligro, en la elección de lo que no debe nombrarse, porque no puede circunscribirse a un nombre, o lo que debe nombrarse, porque el nombramiento puede ser tan liberador como restrictivo.

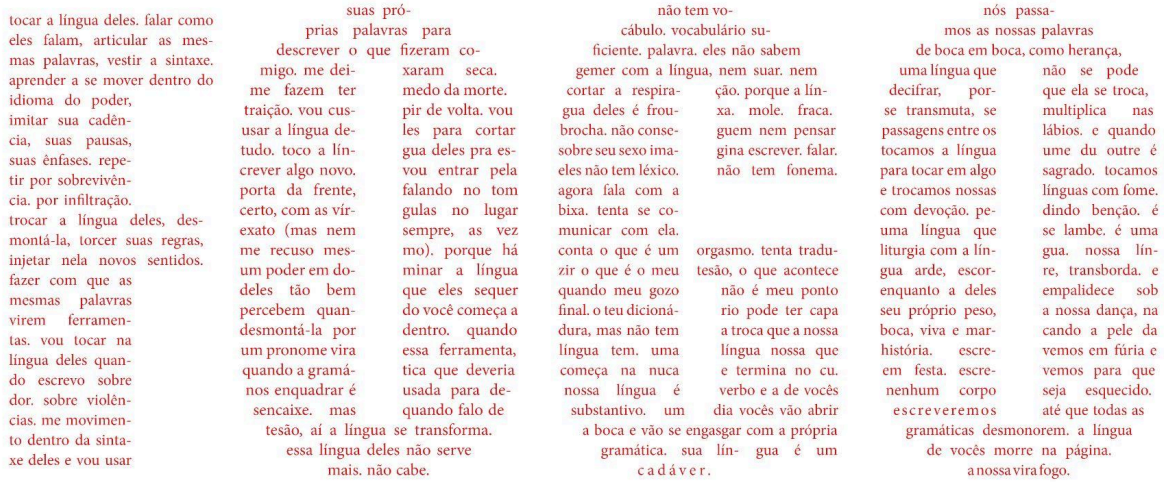
Aquí, el lenguaje se convierte en materia de invención. Quizás inventar el lenguaje no esté tan lejos de inventarse un monstruo. Una invención que no designa la creación de una identidad *monstruo*, sino que concibe la monstruosidad como un acto de rechazo; un rechazo constitutivo: si el monstruo rechaza lo humano, la bruja piensa, crea y imagina mundos *a pesar* de lo humano. Ambos surgen de giros, costuras, intervenciones, apropiaciones. Así surge Pajubá/Bajubá en Brasil, por ejemplo. Lenguas con cicatrices, marcas de otras gramáticas, que operan en el campo del montaje, creadas a partir de intercambios de jergas y lenguas nagô, yoruba, italianas, españolas, francesas y inventadas. Unx monstruo-lengua-bruja, unx híbridx que transita entre mundos sin pertenecer a ninguno

[5] Rodríguez. *Cuerpos para odiar,* p. 22.
[6] Rodríguez. *Ciencia Ficción Travesti,* p. 19

de ellos, que se mueve, transita, atraviesa, circula entre, a través de márgenes culturales y sociales. Si Jacques Derrida, en *El monolingüismo del otro*, considera que "Mi lengua, la única que me escucho hablar y me las arreglo para hablar, es la lengua del otro"[7], tal vez podamos pensar en la posibilidad de hablar varias lenguas, como en un monstruolinguismo.[8]

Un lenguaje que se enseña no solo como letra y discurso, sino como experiencia: "Só ficar aqui por um tempinho que cê já vai catando. Eu nem penei tanto, acho. Acho que só fui indo, ouvindo, parlando aqui um pouco, um pouco alí."[9] La monstruosidad surge en la práctica de la creación colectiva, en la circulación y en el contacto/intercambio de lenguas. Quizás por eso las monstruosidades siguen siendo indescifrables. Intraducibles. No nos entienden de pies a lengua, porque lo que se les escapa no es solo la palabra, sino cómo nos movemos. La lengua del monstruo no permanece fija para no ser capturada, porque no es controlable. Y por eso mismo provoca, en el humano, demasiada ansiedad. Es un lenguaje que se intercambia, se transmite y se transmuta por cada boca que balbucea, desplazando sus sentidos y ampliando sus posibilidades. Un cuerpo-texto que arde en los pasajes entre los cuerpos, que se calienta en el paso entre los labios y quien lo toca acaba incendiándose también.

10



Pero pasen y vean, dice el monstruo-lengua-bruja. La negativa a traducirse va acompañada del deseo de imaginar. Imaginarse no como asimilación, ni como antítesis, sino

---

[7] Derrida, J. *El monolinguismo del otro o la prótesis de origen*, p. 39.
[8] Pfeil, C. L.; Pfeil, B. L. *o monstrolinguismo da boca*.
[9] Moira. *Neca*, p. 8-9
[10] *tocar/trocar nossas línguas*, Joanna Leoni (2026)

como algo más: más-que-humano, más-que-profundo, inconmensurable, abisal. Si todo sonido es capaz de producir un eco, y si el eco es un sonido que rebota y regresa, entonces los monstruos regresan, rebotan y regresan, pero no solo eso: su intraducibilidad se desvía de la díada constante con la gramática que les margina.

Bibliografía

Derrida, Jacques. (1997). El monolinguismo del otro o la prótesis de origen. Ediciones Manantial.

Derrida, J. (2008). *El animal que luego estoy si(gui)endo* (C. de Peretti & C. Rodríguez Marciel, Trad.). Editorial Trotta.

Moira, Amara. (2024). *Neca: romance em bajubá.* Companhia das Letras.

Pfeil, Bruno; Pfeil, Cello. (2025). *O monstrolinguismo da boca*. Rede Brasileira de Filósofes Trans. https://redebrasileiradefilosofestrans.wordpress.com/2025/09/02/o-monstrolinguismo-da-boca-bruno-pfeil-cello-pfeil/

Cat-Man; Fran-F. (2013). Ofensivo Trans: zine de transmasculinidades mariconas. edición de los autores (zine).

Moraña, M. (2017). *El monstruo como máquina de guerra*. Vervuert.

Rodríguez, C. (2024). *Cuerpos para odiar*. Editorial Barret.

Rodríguez, Claudia. (2023). *Ciencia Ficción Travesti*. Hekht.